

# El trenet

**Rosa Sandiego Martínez**

*¡Qué frío tengo! Estoy prácticamente dentro de la estufa y no entro en calor, parecía que el frío no iba a llegar este invierno, ¡si llegué a pensar que con el nuevo milenio iba a cambiar hasta el clima!*

*Lassie está a mis pies y sigue temblando. Estos perritos son muy frioleros, no me extraña tan pequeños y con el pelillo tan corto.*

*No me acostumbro a estar sola, después de 50 años a su lado, y ahora ya no está. Todavía muevo la cabeza despacio, con miedo, hacia su sillón, miedo a verle allí sentado, como cada tarde, como cada día, como cada año.....*

*El teléfono está sonando, ¡qué lenta estoy de reflejos! Hay que ver cómo va mermando todo con la edad.*

-¿Quién es?

-Yaya, soy yo, Sergio, dile al papá que he perdido el billete del metro y no tengo dinero, justo una moneda para llamarte, que venga a la estación de Valencia a recogerme.

-Está bien cariño, no te preocupes, en 20 minutos está ahí. Un beso.

-¡Pero que venga pronto, estaré nervioso hasta que llegue!

-Tranquilo hijo, en un momento está ahí, ya lo verás... ¿Sergio? Se ha cortado, la cabina se habrá tragado ya la moneda.

*No pasa nada, el móvil de mi hijo ¿dónde lo tengo apuntado? Ah, aquí está.*

-¿Pepe?

-Sí, mamá, dime.

-Sergio se ha quedado sin dinero y ha perdido el billete del metro. Recógele en la estación de Valencia, pero no tardes, se ha puesto muy nervioso.

-Tranquila, en un momento estoy allí, hasta luego.

*Cómo ha cambiado todo, fíjate qué buen invento lo del teléfono móvil para estos casos, y yo que al principio lo consideraba una tontería.*

*Pero claro, con 74 años no deja de asombrarme cada descubrimiento, primero la electricidad y la radio, y más tarde la*

*televisión. No se puede explicar la sensación de ver una caja llena de gente, como si estuvieran en tu casa hablándote, bailando, cantando y moviéndose como si tal cosa. No se me olvidará nunca mi madre, tan pequeñita que se perdía en el sillón, cada noche a las nueve esperando impaciente a la presentadora del telediario.*

*-.....y esto es todo por hoy, gracias por su atención buenas noches y hasta mañana.*

*-¡Buenas noches, bonita!, ¿Has visto María? ¡Qué simpática es!, ¡Y qué guapa! Todas las noches se despide de mí. Venga, ya podemos cenar.*

*Y así cada noche a lo largo de toda su inocente vejez, porque mi madre decidió volver a su infancia el mismo día en que mi padre cerró los ojos para siempre, y lo hizo progresivamente hasta que también ella decidió no despertar más.*

*Nos entregó una vejez etérea, casi invisible, con cortos períodos de lucidez de una simpatía entrañable. Sus juegos consistían en recitar interminables versos y oraciones que aprendió a principios de siglo con las monjitas, o en cambiarnos los nombres a toda su descendencia.*

*Ja, ja, ja, aquella noche en que insistió en llamar a mi marido Vicente, como mi cuñado. Y mi marido, que nunca aceptó la dulce inocencia de mi madre, cogió un enfado soberano. Todavía puedo verle dando vueltas a la mesa del comedor.*

*-¡Pepe, soy Pepe, no Vicente!*

*Y mi madre, asintiendo con la cabeza, dio la vuelta hacia nosotros y dijo:*

*-¡Já, dice que es Pepe, ay ay ay Vicente!*

*Y mis tres hijos y yo casi nos caemos del sofá... ¡qué panzada a reír!*

*Lassie, vete a tu cojín, que se me duermen los pies, ésta maldita circulación, tan lenta como yo.*

*Me preocupa Sergio, tan joven y sólo en la estación. Espero que mi hijo llegue pronto.*

*Me recuerda a mí misma a los 15 años, una muchacha sola en la estación, con aquel vestidito fruncido, con las mangas de farolillo, justo por encima del codo, al estilo de la época y que mi madre nos cosía a mis hermanas y a mí con el mismo patrón. Tan esmeradito,*

*que casi se rompía con sólo mirarlo, por dos razones, la principal es que era el único vestido que tenía para verano e invierno (con la diferencia de unos manguitos que le añadía hasta las muñecas por aquello del frío). Y la segunda, que mi madre estaba tan obsesionada con la limpieza, que esmeraba la ropa de tanto lavarla, y a nosotros también de tanto fregarnos en el barreño.*

*-Hijos míos, pobres pero limpios.*

*Y tan limpios que nos llevaba.*

*Creo que pocas veces en mi vida he estado tan asustada como aquella tarde.....*

*Esa misma mañana había salido de casa del ama como cada día, cargada con aquel pesado cubo de hierro lleno de pan, verduras, fruta y arroz, tan cargado que se me clavaba en el brazo y en la cadera, y me provocaba unos ronchones que, por pura rutina, ya formaban parte de mi anatomía.*

*Al llegar a la estación del pueblo compré un billete de ida y vuelta, como cada día...*

*El metro le llaman ahora, el trenet le llamábamos entonces. Tres vagones de madera medio desvencijados por el traqueteo constante, que las películas de vaqueros se han encargado de recordarme todos estos años. El único medio de comunicación con la ciudad. ¡Qué lejos estaba Valencia! Una hora de viaje si todo iba bien, que todo hay que decirlo, no ocurría casi nunca.*

*Ya en el trenet, pude dejar el cubo en el suelo y me senté al lado de la ventanilla, un lujo que sólo los de mi pueblo nos podíamos permitir, ya que a medida que nos acercábamos a Valencia, el trenet iba adquiriendo la apariencia de una colmena a punto de reventar.*

*Recuerdo la imagen del revisor, conversando su silbato con la campanilla de cada una de las estaciones, con su uniforme azul marino y su gorra. Con el aire de superioridad que cualquier uniforme transmitía en la posguerra. ¡Y pensar que hoy en día no intimida ni el uniforme de la guardia civil!*

*Cuando rompió la esquinita de mi billete, lo guardé en la manga de farolillo de mi brazo izquierdo y, así, quedaba seguro con la gomita.*

*¡Qué distinto el paisaje que podíamos contemplar a través de las ventanillas del trenet! Interminables campos de naranjos a izquierda y derecha, la huerta que rodeaba la capital, las dos enormes acequias, la de Moncada y ¿cuál era la otra? No recuerdo. Lo que recuerdo como la imagen más impactante era la enorme fábrica de cemento de Benicalap, parecía una ciudad fantasma, llena de polvo gris, siempre echando humo, tanto, que teníamos que cerrar las ventanillas al pasar a su altura, intentando evitar el polvo y el humo que lo inundaba todo.*

*Y las grandes masías de las cuales salían de vez en cuando personas muy elegantes que, al subir al trenet, destacaban como el aceite entre tanta gente humilde y trabajadora que lo solíamos frecuentar a diario.*

*Cómo ha cambiado también la estación de Valencia, aquellos banquitos de madera, aquellas ventanillas ovales, el ir y venir de agricultores a vender su mercancía, las amas de cría, las planchadoras, las lecheras.....*

*Una vez fuera de la estación, toda la muchedumbre atravesaba el "pontet de madera", el portal de entrada a la civilización.*

*El tranvía nos recogía en las torres de Serranos, toda una odisea poder subirnos mi cubo y yo entre tanta gente. La ciudad, tan distinta al desenfreno de hoy en día, a mí ya me parecía impresionante, llena de gente de todo tipo, y los coches, que todavía no conocían el camino hacia mi pueblo. Supongo que parecería boba, con la boca abierta mirando a todos lados, asombrada por todo y por todos.*

*Bajé como cada día en la parada de la cárcel de San Miguel de los Reyes, justo a las tres de la tarde, y me puse a la cola, aquella triste cola de gente silenciosa, con la rabia contenida por no poder gritar, ni hablar, ni siquiera pensar.*

*A los cinco minutos abrieron las enormes puertas de hierro, y uno a uno fuimos dejando los cubos llenos de toda la comida que podíamos conseguir, que era poca, muy poca. Y una mano desconocida y sin dueño, como tantas otras de la dictadura, nos cogía el cubo con la chapa de madera que identificaba el nombre de cada preso, y nos devolvían el cubo vacío.*

*¡Qué silencio, qué tristeza, qué resignación! O callabas, o te encerraban como al tío Sento, cuyo único delito era ser "rojo", un labrador analfabeto, pobre de solemnidad, que reivindicaba justicia y clamaba indignado con lo poco que tenía, su voz, un "no resignado" como tantos otros que llenaban las cárceles españolas.*

*Y eso que el tío Sento tuvo suerte, sí, suerte porque no le pusieron la mano encima. No puedo borrar la imagen de Pepe, el padre de Carmen, que tenía estudios y cuyas palabras en busca de justicia podían dañar la imagen del dictador, lo llevaron a casa para morir, reventado por las palizas que aquellas manos desconocidas y cobardes le habían propinado.*

*Como no podían ganar con la palabra, ganaban con la vileza. ¡Cobardes!*

*Como ese día no permitían visitas, volví a coger el tranvía en dirección contraria, con el cubo vacío, así no pesaba tanto.*

*Cuando llegué a la estación me senté en un banquito de madera y eché mano a la manga de farolillo en busca de mi billete, pero el billete no estaba, no aparecía por ningún rincón de mi manga.*

*El nerviosismo que se iba adueñando de mí no podré olvidarlo nunca. Yo no tenía ni un céntimo, no existía el teléfono, eran las cinco de la tarde, y yo sola, en un banco, con un cubo vacío, aguantando las lágrimas de rabia, de pobreza, de impotencia.*

*No sé cuánto tiempo pasó, ni cuántos trenes salieron, porque en esas situaciones los minutos son horas. Sólo recuerdo una multitud de rostros anónimos, de pies yendo y viniendo, todos desconocidos, todas desconocidas, y yo invisible.....*

*Cuando ya estaba al borde de la desesperación total, ocurrió lo imposible, entre la multitud pude ver acercándose una pequeña figura familiar, con el cántaro lleno de leche para los señoritos.*

*Corrí como nunca y, entonces sí, entonces lloré como una descosida y me abracé a mi madre como nunca lo había hecho.*

*Y así pude regresar a mi pueblo, a mi pequeño mundo.*

*Fue la primera de las experiencias que me han confirmado a lo largo de mi extensa, y a la vez corta vida, que la causalidad existe, cuando hay una causa, siempre, tarde o temprano llega el efecto, y si es positivo, como en aquella ocasión, pues ¡mejor que mejor!. Todo es cuestión de paciencia y de aprendizaje, todo.*

-¡Mamá, mamá!

-Sí, estoy aquí, al lado del fuego.

-Ya estamos aquí.

-¡Yaya, hola, un beso, no sabes lo nervioso que me he puesto al no encontrar el billete!

-Ven Sergio, siéntate, que la yaya te va a contar una historia que le ocurrió a los 15 años.

Era el año 1942 y la yaya iba a coger el trenet.....